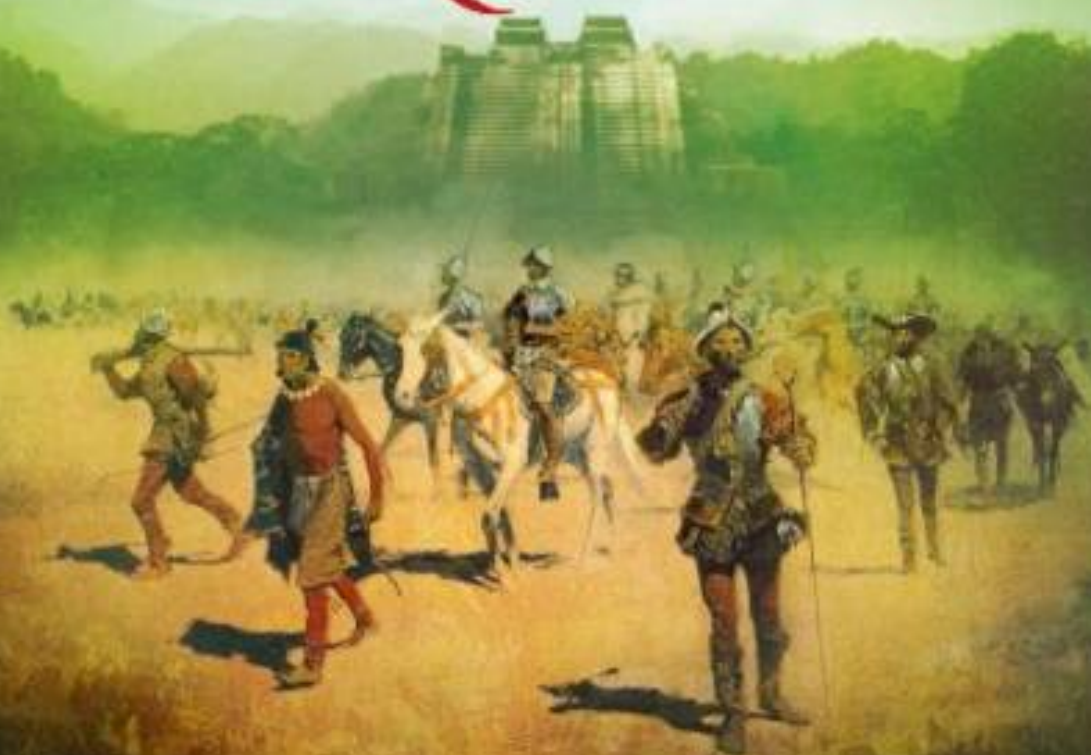


EUGENIO CHOUCIÑO

HOMBRES
VALIENTES,
DIOSES
CRUELES



La conquista de México vista por los soldados de Hernán Cortés

NOVELA HISTÓRICA

Eugenio Chouciño

HOMBRES VALIENTES,
DIOSES CRUELES

Dedicado a María José,
Óscar, Daniela y Cristina.

Dedicado a los valientes.
Manteneos firmes, aunque los cobardes
intenten menospreciar vuestra valía,
para ocultar su vergüenza.

«Aquel que es valiente es libre».

LUCIO ANNEO SÉNECA

«Mi conciencia tiene para mí más peso que la opinión de
todo el mundo».

MARCO TULIO CICERÓN

«Si tienes un buen amigo, aunque solo sea uno, cuídalo».

RAFA SÁNCHEZ, La Unión

1

Ahuizotl esperaba su turno con los ojos muy abiertos. Miraba a su alrededor y veía esas imágenes de los dioses esculpidas en la piedra; no se habían limitado a cincelar las escenas que querían representar, también habían sido pintadas con diversos colores para dar más realismo o provocar más espanto a quien las mirase. De los múltiples colores que se veían, Ahuizotl solo podía fijarse en un color, el rojo. Eran imágenes protagonizadas por esos seres que todos los aztecas temían, esos seres superiores que solo hablaban con los hechiceros y solo a ellos les contaban sus deseos. De todas las imágenes, él no podía apartar la mirada de una en concreto, la que representaba al terrible y feroz Huitzilopochtli, situada en la cima de la gran pirámide, con un corazón en la mano y un pobre desgraciado a sus pies, al que, sin duda, había pertenecido ese corazón que ahora sostenía en su mano Huitzilopochtli, el dios de la guerra. Ahuizotl observaba las vistosas plumas del dios, el escudo de guerra y las flechas con las que se representaba habitualmente al dios guerrero, pero no podía apartar la mirada del corazón y del color rojo que simbolizaba la sangre que goteaba de este y que salía del pecho de la víctima del sacrificio, cubriendo el suelo. De nuevo empezó a temblar ligeramente, le habían dado algo para beber y al rato se había sentido más tranquilo, pero el efecto de la bebida se le había pasado.

Conocía los rumores que corrían entre los niños, acerca de los hechiceros y los nobles que tomaban pócimas he-

chas con extrañas mezclas de plantas ocultas en los bosques y que los secretos de estas bebidas habían sido revelados por los mismísimos dioses. Al parecer, cuando los simples mortales tomaban los brebajes, entraban en conexión con los seres superiores que regían el universo y podían entender su idioma y sus designios.

Por desgracia para Ahuizotl, en su brebaje no debían de haber puesto la mezcla correcta, o habían puesto poco, ya que los efectos se le pasaron rápido y, al contrario que al resto de las personas que esperaban junto a él y que tenían la mirada perdida como si estuviesen soñando con los ojos abiertos, él seguía sintiendo un miedo terrible cuando miraba las imágenes de las paredes, cuando se acordaba de dónde estaba y cuando veía a los grandes guerreros que los custodiaban, con sus *tepuztopilli*, lanzas de punta de obsidiana, y sus *macuáhuatl*, esos palos de madera con puntas de obsidiana incrustados en los laterales. Sabía perfectamente que un guerrero podía matar de un solo golpe a otra persona con el *macuáhuatl*, o peor aún, podía ocasionarle heridas terribles que casi siempre acababan con el herido al cabo de unos días, con unos dolores y un sufrimiento indescriptibles. Él, a pesar de su juventud, lo había visto más de una vez, cuando, fisgoneando donde no debía, había visto a grupos de esclavos de las tribus de la selva o de otros enemigos de los aztecas, los totonacas o los odiosos y rebeldes tlaxcaltecas, atados, heridos, y esperando su destino.

Entre el grupo que esperaba en la sala de la gran pirámide pudo identificar a uno de estos enemigos; no sabía muy bien a qué tribu podía pertenecer, pero casi seguro que era de la selva. Por su porte podía ser un guerrero, aunque no tenía ninguna de las armas que los luchadores aztecas poseían, ni su indumentaria era tan fiera. No tenían nada que hacer contra el poderoso y bien organizado ejército azteca.

El guerrero de la selva tenía múltiples magulladuras y varias heridas, entre las que destacaba una muy fea debajo de la axila. Tenía la sangre reseca, pero se notaba que era bastante reciente. En su mirada había odio, estaba claro que había peleado para que no le arrastrasen hasta allí, los moratones y los golpes eran la prueba, y también estaba claro que había luchado en su aldea para que no fuese destruida y sus habitantes esclavizados, de ahí la fea herida.

La mirada del guerrero y la de Ahuizotl se cruzaron y la expresión de odio desapareció de la cara del primero. Cambió en un instante por un gesto de compasión; luego, el hombre alto miró a los otros niños y esa mirada de compasión se fue transformando en una de tristeza infinita, que en un guerrero de su porte y fiereza, daba a entender que sabía algo que los demás desconocían. Ahuizotl no sabía en qué estaría pensando, pero podía imaginarse que por su mente pasaban imágenes de su aldea, de los niños que allí vivían o de sus propios hijos, a los que, sin duda, nunca volvería a ver.

Todo este momento desapareció cuando dos guerreros jaguar agarraron al hombre para conducirlo escaleras arriba, desde la habitación donde estaban todos, hacia la cima de la pirámide. El prisionero cambió la expresión de nuevo a odio, se revolvió y con gran velocidad le dio un cabezazo a uno de los guerreros jaguar que cayó al suelo con la nariz rota y sangrando. Pero no duró mucho este acto de rebeldía, pues el otro jaguar con la ayuda de un tercero que vino al instante, golpearon al amotinado en la herida, en la cabeza y en las piernas, hasta que se desplomó. Inmediatamente lo sujetaron de nuevo y lo arrastraron por las escaleras medio aturdido.

Ahuizotl pudo oír los gritos del pueblo de Tenochtitlán jaleando la salida de la nueva víctima y apenas pudo escuchar las palabras del gran sacerdote azteca, algo sobre la

sangre que reclamaban los dioses. Tras un terrible silencio, el guerrero de la jungla no pidió clemencia, no pronunció una palabra, y por fin otro grito de la multitud; los dioses, ya tenían un poco más de lo que reclamaban.

De repente, Ahuizotl se dio cuenta de que estaba el primero de la fila y de nuevo empezó a temblar. Miró detrás y pudo ver a su amiga Xochitl. Se conocían desde que tenía memoria, habían nacido el mismo mes del mismo año y habían jugado siempre juntos, por lo que parecía lógico que tuvieran el mismo final. Un final demasiado prematuro, apenas tenían diez años. ¿Por qué los dioses no le permitían seguir jugando con su amiga Xochitl? Le gustaba correr con su amiga y el resto del grupo y pasarse las horas disfrutando y jugando, le encantaban las tortas de maíz que hacía la madre de Xochitl y que a veces untaba con miel, las devoraban cuando terminaban de correr y jugar. Disfrutaba enormemente cuando les perseguía el viejo del final de su calle, porque Xochitl y él le habían quitado otra vez chiles de su huerto. Su amiga era la persona más alegre que conocía, siempre tenía una sonrisa en la cara, siempre estaba dispuesta a jugar y juntos tenían toda una vida por vivir.

Pero esta vez la sonrisa de Xochitl había desaparecido, ahora tenía en la cara una expresión que era mezcla de miedo, pena y aturdimiento, probablemente producido por la bebida que les habían dado.

—¡Vamos, es tu turno!

La voz del guerrero le sacó de sus pensamientos, siguió mirando a Xochitl y vio que de sus ojos salían varias lágrimas, aunque su expresión no era de llanto, era de tristeza. Con la voz entrecortada y la garganta seca, Xochitl quiso decir algo, pero de su boca solo salió una palabra:

—Ahuizotl...

No pudo seguir la frase, estaba aterrada. Aun así, tuvo fuerzas para subir el brazo en un intento de tocar a su ami-

go.

Él extendió el brazo tratando de corresponder al gesto de su amiga, buscando sentir el tacto, el calor, el afecto, de alguien a quien quería y olvidar por un momento ese sueño de locos sanguinarios que estaban viviendo. Pero el maldito guerrero jaguar le dio un manotazo a ella y un empujón a él, apartándole de su amiga de la infancia.

—¡Vamos! —repitió el guerrero.

Mientras le empujaban, Ahuizotl miró al único guerrero, ya que el otro debía de haber ido a que le curasen la nariz, que había aplastado el guerrero de la selva. Había otros guerreros jaguar distribuidos por el resto de la habitación. Por un momento, Ahuizotl pensó en correr, en huir de allí, pero la única salida que le quedaba era escaleras arriba, hacia la luz del día, hacia su destino.

La sala y las escaleras estaban frías, y es que por mucho calor que hiciese fuera, los gruesos muros de piedra del gran templo aislaban del calor su interior. A eso había que sumarle que al niño parecía haberle abandonado la sangre y ya no sabía si los temblores eran de miedo o de frío. Con la mano del guerrero en la espalda fue subiendo las escaleras que llevaban a la parte más alta de la pirámide, sintiendo que el calor y la humedad aumentaban. La cabeza le daba vueltas y no estaba seguro de no desmayarse antes de llegar arriba.

Mientras subía, pudo ver que el día estaba despejado y hacía sol. Al parecer, los dioses empezaban a estar satisfechos con el festín de sangre que los sacerdotes les estaban proporcionando. Había sido un mes especialmente lluvioso para las fechas en las que estaban y la incesante lluvia estaba causando estragos en los campos de cultivo. La gente tenía miedo de que se produjese otra hambruna, como había ocurrido hacía dos años por la misma razón. Una hambruna que había dejado enfermedad, muerte y miedo a los

dioses, más miedo, incluso, que antes. Tláloc estaba enfadado. ¿Por qué? Eso solo lo podían saber los sacerdotes y más concretamente el sacerdote supremo, el gran hechicero y voz de los dioses en la tierra, Xomecoatl.

Desde el punto de vista de Ahuizotl, Xomecoatl era un ser despreciable. Hacía años, el hechicero había deseado a la madre de Ahuizotl, quien le había rechazado y se había casado con otro hombre, creando una familia, su familia. Xomecoatl nunca había encajado bien aquel rechazo, puesto que no estaba acostumbrado a que nadie le negase nada. Desde hacía muchos años ostentaba el cargo de sacerdote supremo, al que llegó tras la muerte, nada clara, según los que se atrevían a decir algo en voz baja y a escondidas, de su antecesor en el cargo.

Todo el mundo le tenía miedo, puesto que conocían su poder, y no dudaban en plegarse a sus deseos, ya fuesen riquezas, comida o el más despreciable de los caprichos de Xomecoatl, pasar unas noches con el hijo de alguna familia, tanto masculino como femenino. Todos callaban, todos permitían, todos miraban a otro lado con la ruin esperanza de que la mirada de Xomecoatl no cayese sobre ellos como si fuesen los ojos de Miquiztli, el dios de la muerte.

Por fin, llegó al final de la escalinata y el espectáculo que vio le dejó maravillado y espantado al mismo tiempo.

Ahuizotl había visto infinidad de veces la gran pirámide. Huéy Teocalli, el templo mayor, se erigía en el centro de Tenochtitlán por encima de todos los demás edificios; era una estructura imponente de piedra que estaba coronada por dos templos, el de Huitzilopochtli, dios de la guerra, y el de Tláloc, dios de la lluvia. Por este último se estaban hoy haciendo los sacrificios, para que dejase de derramar agua sobre los campos y cultivos de su pueblo elegido.

Las vistas eran impresionantes y bellas. Nunca jamás Ahuizotl había estado tan alto y nunca había podido ver tan

lejos los alrededores de su ciudad. En las proximidades del gran templo, pudo ver más templos y palacios que formaban el centro del poder del imperio azteca, como el templo de Ehécatl, dios del viento, el palacio de los emperadores y otros centros administrativos de Tenochtitlán, desde donde el emperador azteca y su corte dirigían las vidas de millones de personas.

Al ver el palacio del emperador, pensó por un momento en Moctezuma, el amo y señor de los aztecas. Era el elegido por los dioses, y por supuesto inaccesible. Ahuizotl lo había visto solo de lejos en alguna de las ocasiones en las que el emperador se mostraba en público, por alguna fecha o celebración especial, y sabía de él solo de oídas. Moctezuma había sido antes sacerdote del cruel y sanguinario Huitzilopochtli. Ahuizotl tuvo una pequeña sensación de alivio cuando imaginó que Moctezuma podía aparecer en cualquier momento y parar aquella locura, en la que él era, en ese momento y por desgracia, el protagonista. Pero, aunque Moctezuma tenía poder para detener su ejecución, no lo iba a hacer; es más, el emperador era un devoto y ferviente seguidor de los dioses y no solo aceptaba los sacrificios, sino que los ordenaba con regularidad.

Siguió observando más allá del centro administrativo de Tenochtitlán y sus grandes calles y plazas, contempló el inmenso mercado, que solía estar atestado de gente, las edificaciones que se extendían por toda la ciudad, casas bajas y sencillas en su mayoría, con tejados planos y encaladas, y pensó rápidamente en su hogar y en su familia.

Su padre, Xiuhezoc, era un auténtico azteca, creía en los dioses fervientemente, seguía todos los rituales y, aunque no pertenecía a la casta guerrera, había luchado cuando le habían llamado para ir a combatir. Su devoción por los dioses y dirigentes le había llevado a poner de nombre a su segundo hijo Ahuizotl, el mismo que el del tío de Moctezu-

ma y emperador de los aztecas antes que este. Era un hombre cumplidor, nunca les había faltado la comida, ni pequeños caprichos, aunque no se caracterizaba por ser especialmente cariñoso, ni con sus dos hijos, ni con su esposa. Ahuizotl sabía que su padre les quería, pero mantenía esa pose y esa forma de actuar de muchos hombres aztecas, en la que él era el cabeza de familia y le tenían que mostrar el mismo respeto y obediencia que él ofrecía a los dirigentes y a los dioses. Por eso Xiuhizoc se comportaba con su familia como un noble con el pueblo.

Su madre, Hiuhtonal, era una mujer hermosa, dura y no temía el trabajo. Pero para Ahuizotl, la característica principal de su madre era el cariño que les profesaba a su hermano y a él, les besaba, les abrazaba cuando de pequeños lloraban por una caída o una pelea, les daba consejos en los que siempre había buenas intenciones e impartía sentencias justas cuando su hermano y él se peleaban o discutían. Conseguía que hicieran las paces, y siguieran disfrutando del día. Su madre era una buena persona, por eso, siendo más joven, había rechazado a Xomecoatl. Desde el principio, Hiuhtonal había percibido la personalidad despreciable del sacerdote supremo y siempre había sentido por él miedo y repulsa. Por desgracia, parecía que Hiuhtonal era de las pocas personas que había notado la perversa personalidad de Xomecoatl, y este había ido subiendo en la casta sacerdotal hasta lo más alto. Su madre nunca asistía a los sacrificios y sin duda ahora estaría en su casa, llorando y totalmente destrozada.

Su hermano mayor se llamaba Teotlehécatl, tenía diecisiete años y una personalidad especial. Era la persona más inteligente que conocía, y así lo admitían todos los que hablaban con él. Aprendía muy rápidamente, le interesaban todas las cosas, especialmente la naturaleza, pero no solo los árboles y los animales, sino el porqué de todo lo que le

rodeaba. Por desgracia, a menudo se sentía frustrado, ya que nadie conseguía responder sus preguntas.

Continuamente exasperaba a su padre, Xiuhizoc, cuando no conseguía dar respuesta a las cuestiones que le planteaba su hijo, o peor aún, cuando no daba por válidas las contestaciones que intentaba darle. En muchas ocasiones el padre pretendía zanjar un tema diciendo «los dioses lo quieren así», pero con los años, esa explicación dejó de ser válida.

Teotlehécatl se parecía físicamente a su padre, pero la personalidad era de su madre y, al igual que ella, era una buena persona, demasiado buena tal vez, para el mundo en el que le había tocado vivir. Aunque siempre había jugado con los demás niños, nunca había disfrutado mucho con los juegos de batallas y violencia, e incluso con los animales se mostraba bondadoso. Aunque lo que más enfurecía a Teotlehécatl eran los sacrificios. No solo los despreciaba, sino que en más de una ocasión se había atrevido a renegar de ellos en público, hasta el extremo de que un día sus padres le llamaron para tener una charla con él.

—Teotlehécatl —dijo su padre—, los dioses lo ven y lo oyen todo. Hablando mal de los sacrificios, nos puedes enfrentar a ellos y tu familia puede caer en desgracia.

—Pero, padre, ¿por qué unos seres superiores, con todo su poder, pueden desear que a alguien le abran el pecho, le saquen el corazón y, por si fuera poco, le corten la cabeza y se lo coman?

—Porque ellos así lo exigen y, por las razones que sean, desde tiempos inmemoriales los dioses eligieron a los mexicas como su pueblo, pero ser el pueblo elegido conlleva una obediencia ciega a sus designios.

—¿Y en qué beneficia a los dioses el asesinato de hombres, mujeres e incluso niños? Y si exigen esas muertes, ¿por qué no toman ellos a los elegidos para el sacrificio?

¿Por qué necesitan que nosotros construyamos las pirámides, capturemos a los que van a ser sacrificados y los matemos con nuestras propias manos?

Xiuhizoc ya había tenido esa conversación varias veces con su hijo, pero hacía tiempo que no conseguía responder a las preguntas que le formulaba o, al menos, no podía dar una respuesta que satisficiera a un Teotlehécatl demasiado inteligente. Miró a su mujer, quien se acercó un poco más a su hijo.

—Hijo —dijo suavemente Hiuhtonal—, nosotros no podemos entender a los dioses, pero seguro que tú sí puedes entender que los sacerdotes tienen un gran poder entre nosotros, y que si llegan a sus oídos los comentarios que a veces dices delante de todos, verán en ti una amenaza a su posición privilegiada y no dudarán en ponerle fin.

Teotlehécatl se quedó un momento pensativo, y con la mirada en el suelo asintió, dándose por vencido. Su madre se acercó más y le abrazó. Su padre miró a su mujer con una media sonrisa. Hiuhtonal siempre conseguía explicar las cosas de manera que ellos lo entendieran.

Ahuizotl seguía mirando a los lejos, más allá de la laguna sobre la que estaba construida Tenochtitlán y de los puentes y caminos que la cruzaban, más allá del verde sin fin de los bosques, más allá de la planicie que rodeaba la capital azteca; a lo lejos estaban las montañas que formaban un círculo que rodeaba todo y que hacían, junto con la laguna, que Tenochtitlán fuese una ciudad inexpugnable y que ningún enemigo hubiese tenido la osadía de atacar el centro del poder azteca.

Fue entonces cuando Ahuizotl se dio cuenta de que nunca nadie le había hablado de esas vistas privilegiadas que ahora él estaba disfrutando, y fue consciente de que nadie

se lo había contado, porque nadie subía a la gran pirámide, a excepción de dirigentes y sacerdotes, y bajaba vivo para compartir su experiencia. De nuevo, empezó a temblar ligeramente y a ser consciente de dónde estaba y para qué. Justo en ese instante, una mano áspera y fuerte como una garra le apretó el hombro y le movió ligeramente, notó cerca de su oído una presencia que desprendía un aliento pestilente y luego escuchó un susurro que parecía más de serpiente que de humano.

—Hola, Ahuizotl, tu madre se va a sentir muy apenada con lo que te voy a hacer ahora, no creo que supere que a su hijo pequeño le saquen el corazón y sus restos sean arrojados escaleras abajo, incluso, tal vez, me coma alguna parte de tu cuerpo.

El pequeño giró la cabeza para confirmar que era Xomecoatl quien le hablaba, y se encontró con los ojos del sacerdote. Tenía la mirada de loco y los ojos un poco estrábicos, como si no fuese capaz de centrar la mirada; era una mirada enferma que conjuntaba a la perfección con una medio sonrisa estúpida y que, junto a las ropas chillonas que llevaba y la sangre reseca que le cubría todo, hacían de él la viva imagen de un demonio.

Entonces el pobre Ahuizotl comprendió a su hermano mayor. Las palabras del sacerdote asesino eran perfectamente claras. Todas las dudas que Teotlehécatl planteaba a su padre, junto con las preguntas que él se hacía a sí mismo sobre la crueldad de los dioses, encontraron respuesta. De repente lo vio todo nítido como el cielo que ahora tenía sobre él. Todo era una gran mentira, una mentira despiadada y que servía a la clase dirigente de los aztecas para tenerlos a todos amedrentados, bajo el pretexto de la cólera de unos dioses despiadados y sanguinarios, que no existían, que simplemente eran el reflejo de las mentes enfermas de los sacerdotes y de un pueblo inculto. Ahora él,